



Una dulce apuesta infinita: el salto hacia el amor del pensamiento

A sweet infinite bet: the jump towards the love of thought

Marina Maggi¹

Instituto de Estudios Críticos en Humanidades
Universidad Nacional de Rosario
marinamaggi1988@gmail.com

Resumen: El juego del amor –invención singular de una vida que es hiato, dulce virtualidad que desarma las convenciones– ilumina y convoca el amor por el juego –apuesta por la posibilidad, embriaguez del salto al vacío–. Estos modos de extravío del pensamiento hallan en la fortuna su tierra prometida, descubren en el golpe de suerte una de las máscaras del desamparo. Este trabajo aborda ambas formas de ejercitarse en el asombro de ser.

Palabras clave: Juego – Amor – Dulzura – Salto

Abstract: The game of love –unique invention of a life that is hiatus, sweet virtuality that disarms conventions– illuminates and summons the love for playing –bet on the possibility, intoxication of the leap into the void–. These two ways of losing thought find their promised land in fortune, they discover in the stroke of luck one of the masks of disappearance. This work analyzes both forms of exercising in the amazement of being.

Keywords: Game – Love – Sweetness – Jump

¹ **Marina Maggi** es Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Rosario. Cursa actualmente la Maestría en Literatura Argentina y el Doctorado en Literatura y Estudios Críticos (FHyA, UNR), con el apoyo de una beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Es Auxiliar de Primera Categoría del Taller de Escritura II de Gestión Cultural y realiza adscripciones en Análisis del texto y Análisis y Crítica I de Letras (FHyA, UNR). Secretaria de Extensión del Centro de Estudios de Literatura Argentina y corresponsal de Rosario del Archivo Histórico de Revistas Argentinas (AHIRA).

“Ain’t it just like the night to play
Tricks when you’re trying to be so quiet?”
Bob Dylan, “Visions of Johanna”

Si en el amor probamos y somos puestos a prueba por una dulzura irremediable, ese tipo de infinito trivial, angelicalmente revoltoso, no debería ser explicado, sometido a juicio. ¿Por qué justificar la contingencia candente del enamoramiento, forzarla a confesar en nombre de una verdad que, si existiese, se mostraría ridícula y sangrienta? ¿Cómo podría el corazón, esa criatura incierta, resistir los chirriantes goznes lógicos? La lengua anonadada retoza, indolente, en el óxido de los argumentos. Su jauría agotada se detiene en el linde del bosque, resigna su presa incomprensible y naufraga en el sueño blanco. De repente, el anhelo y su perfume se retiran violentamente. De su resaca quedan visiones aureoladas, socavadas por una ironía rústica, gentil, irresistible. El tiempo baldío de la ternura proyecta imágenes manchadas, destellos sucios sobre nuestros insomnios apelmazados, las rutinas rabiosas en que evocamos lo absurdo. Si somos sensibles a esa conquista, si no logramos esquivar el cuchillo disfrazado de paloma (Arnaut Daniel), qué trampa no osaremos montar, con exasperante torpeza, con tal de retener la mirada en fuga del deseo. Sin salvación a la vista, daremos el salto imposible hacia la infancia, entregados al placer de decir “cualquier cosa”, avisados de que las palabras cotidianas ya no son las mismas: no dicen nada en particular, desisten de liquidar sus sombras, no son más que una forma de acariciar o azotar lo real; pero qué bien saben, con qué gracia socavan la seriedad del mundo.

Así de estúpida y vegetal, como un musgo o una hiedra adherida a la razón pétrea (Violeta Parra) —sea fagocitando sus presupuestos hasta desmayarla o escalándola frenéticamente en pos de un cielo extático—, el discurso estupefacto estrena un ritmo hipnótico, falto de elegancia. El amor

sumerge al intelecto en el baile de las incongruencias, le enseña a actuar su desaparición:

Cuando alguien que no viste en diez años
se presenta en tu puerta,
no empieces a cantarle todas las canciones nuevas.
Jamás se pondrán al día.

Caminá por ahí sintiéndote una hoja.
Recordá que podés caer en cualquier momento.
Luego, decidí qué hacer con tu tiempo (Nye, trad. propia).²

No hay mediación entre lo familiar de la memoria y el relámpago del desconocimiento. Ninguna vieja canción hará de puente. Lanzado a la caza de lo imposible, el pensamiento incendiado se ausenta de sí, se va de paseo a ningún lado. No deja siquiera una nota que explique, que atempere el espanto. Para qué apaciguar el desastre feliz, para qué ponerse al día con uno mismo y con nuestros coetaneos, si es hacia lo otro inaceptable e intransigente de nosotros que partimos, exiliados de nuestra sana costumbre de ser, cada vez que amamos.

Quien corteja la contingencia vaga por la superficie de los hechos. En ellos hay, ciertamente, un dejo enigmático. Pero si se inspecciona metódicamente esta notación furtiva, se olvida que no hay misterio sin belleza y que esta última, cuando se sabe acechada, suele ponerse a hablar en lenguas. Helena siempre será Helena, mientras los ejércitos aliados desatiendan lo fútil que es su rescate, la imposibilidad de hacer que Helena se quede en su lugar. La de hermosa cabellera se volatiliza en fantasma, imita voces, se finge ingenua, pero no decanta en mujer ideal, en posesión robada. Su rapto es otro, su traición no termina de explicarse, es astuta y caprichosa, en absoluto ejemplar (un caso que no logra elevarse a paradigma, que se curva sobre su propio peso como un junco: Helena jugando a ser la nada que

² Transcribimos los versos en inglés: "When someone you haven't seen in ten years/ appears at the door,/ don't start singing him all your new songs./ You will never catch up.// Walk around feeling like a leaf./ Know you could tumble any second./ Then decide what to do with your time" (online).

transporta, el voluptuoso vacío que enceguece).³ En llano parloteo —cotorreo mujeril a la hora de la siesta, cantinela de voces junto al río—,⁴ quienes se desvían de la verdad y acarician su máscara gozan de la afabilidad del secreto, sin levantar su velo.

Es necesario inventarle otro tiempo al pensamiento, uno que gire sobre sí embelesado, que pruebe caminar sobre el agua, que corra el riesgo de hundirse en el marasmo de la dicha. Uno que se complote con las horas caldeadas, luminosas, en las que la fe suspende, en jovial homenaje, su hondo desconsuelo. Un tiempo que no intente sincronizar lo que sucede con el flujo de asociaciones, alegorías de cotillón, ocurrencias y frases-relámpago que nos atraviesan. Cuando decimos amar, no esbozamos más que la sospecha de que algo nos tocó de improviso, sin excusa o justificación, y siguió su camino. Tras él parte la mente en plena alquimia. Vacilamos al explicarnos: ese “algo” obstinado nos hace sentir vivos y livianos, volátiles y afirmativos, al filo del colapso —en el filo siempre somos dos (Cassin)—. Y hablamos, hablamos sin percatarnos del huésped que aloja el ombligo hambriento de la noche.

La reflexión que va a la zaga del amor se convierte, ella misma, en liebre. Su demencia es calambre espiritual, conmoción ilocalizable. El habla subyugada porfía en sus balbuceos, es idiota y dulcísima como un príncipe epiléptico. Ama sin poder dar cuenta de ello, se resiste a entrar en razón. Sus devaneos no permiten deslindar lo auténtico de lo falso, la cura de la enfermedad. No tienen puerto seguro ni origen fidedigno, se ovillan y recomienzan como el mar. El discurso encendido mezcla lo humano con lo animal. Su inteligencia bestial no ofrece un flanco doméstico que se adecue a la especulación mesurada. Su arrebató es una fiebre inocente que deviene

³ Sobre el vínculo entre el goce femenino y el decir como eficacia, Cfr. Cassin.

⁴ Junto al agua que corre, en el remanso sin ocio de las horas, la palabra reptante se desliga de la condena moral hacia la habladuría en la apertura del segundo acto de *Yerma*: “LAVANDERA 1.^a: —A mí no me gusta hablar./ LAVANDERA 3.^a: — Pero aquí se habla./ LAVANDERA 4.^a: — Y no hay mal en ello” (García Lorca, 1211-2). Habría otra culpa, gozosa y difícil de asir, que la charla de mujeres pone en escena: la evocación de la risa masculina que enciende el aire como un “jazmín caliente” (1210), instancia en que la hermosura roza la obscenidad.

imperceptiblemente en plaga irreparable (Thomas) —la inocencia es la astucia precoz del corazón—. Cuando se lo interroga, se esconde tras una risa histérica o se atrinchera en la melancolía, embrolla su cantinela. Achaquémoslo al deshielo petersburgués (Dostoievski).

“Como la tontería, la dulzura no sabe hablar bien”, advierte Anne Dufourmantelle (*Potencia de la dulzura*). El decir obnubilado se tara, resbala, trastabilla. Es el mejor antídoto contra la elocuencia y también su acicate, su *numen* favorito. Las palabras de amor brotan en las ruinas de la conversación, desamarran antiguos silencios. Son fantasmas que no acaban de perfilarse bajo el influjo de la luna, flechas que se disparan en el umbral del alba. Emergen como desvíos sutiles en los que la existencia traza una trayectoria alternativa, insustancial, maravillosa. Sin testigos fiables, se hincan en la “médula del aire”, allí donde las “cosas equivocadas” (García Lorca: “Cielo vivo”, 428) segregan su paisaje alucinado.

Si se intenta atar la “pasión de la posibilidad” (Kierkegaard, 51) que inaugura el amor a una idea-poste, nuestra porfía choca con la indeterminación del hallazgo. No hay honra del accidente, ese invitado ingrato que se cuela en los intersticios del tiempo administrado y frustra el banquete de la eternidad. En la vigilia del entendimiento, solo vale la apuesta de la fe, el irse por la tangente del sosiego epistémico, deslizándose “por la secreta escala” (San Juan, 102), dejando el docto prurito abandonado entre azucenas.

El trazo que se aventura en la promesa ostenta ademanes irreversibles, demasiado parecidos al destino. Pensar desde el amor, como se arrojan los dados o las cartas al margen del amanecer, con menos que polvo en los bolsillos. Abalanzarse por y hacia el amor, como se empeña lo que no se sabe, con la elasticidad que brinda la ceguera, convencidos de que al precipitarnos alcanzaremos la vida como se entra a una fiesta: atontados, sonriendo

distraídamente, desentendidos de quién nos invitó, cómo acudimos, qué estamos haciendo ahí.⁵

Queríamos desasirnos del mundo, dar rienda suelta al olvido, hacer de la nostalgia un arte contra el regreso. Escribir sobre la redención azarosa de lo que apenas fue, la fascinación que desbarató la costumbre, el perfume agrídulce de la hora en flor, el hall en el que danzan los muertos que adoramos. De qué manera encarar el hueco en que despunta la plenitud, el tajo que devuelve su sensualidad al lienzo, las llamas que sellan en ceniza el ideal (Balzac). Si el paraíso se asienta sobre la negatividad, la semilla de la destrucción y el exilio (Francois Jullien), no hay amor del pensamiento sin caída (“no viviré para coincidir de nuevo con la belleza” [Seven Wonders]), y sin embargo “yo preferiría siempre preferir la promesa” (Derrida, 101).

La jugada de la escritura —esa que se embebe en su objeto hasta delirarlo, hasta inscribir los avatares de una escucha arrobada en su propia cadencia— se perfila como un salto al mejor estilo sofista, es decir, al pie de la letra (Cassin, 50), en el seno de una literalidad encandilada. El libro del amor está lleno de clisés, es largo y aburrido, no custodia pasajes extraordinarios, salvo cuando alguien que amamos nos lee en alta voz sus naderías (Merritt).

Escribir para contrabandear la pasión, para hurtar su confesión y canjearla por fruslerías. Rebajar (ensalzar con léxico común, profanar con alabanzas el pálpito sagrado) y extraviar (hundir, al llamarlo, un nombre entre los nombres) serían operaciones que demarcan la disquisición erótica. Esta

⁵ A veces damos, en las celebraciones o rituales, con el atisbo de una atracción inexplicable por el engaño y la disgregación. La sospecha de que no descansamos en nosotros mismos, de que no hay garantía en el círculo de los otros, suele colarse entonces en la conciencia, como lo hacen Tom Sawyer y sus amigos en su funeral: envueltos en harapos, avergonzados, parodiando y temiendo la muerte. “Podrías haberte acercado para avisarme de alguna manera que no estabas muerto, sino que solo te habías escapado”, le reprocha su tía a Tom (104). “Lo hubiera estropeado todo”, responde este. Sostener la escena ingrata, cruzar el río a escondidas y aguardar la ocasión propicia —la que cuaja las lamentaciones y hace reverberar la estupidez— es arte y proeza de niños.

exige un entrenamiento en la agudeza de la anécdota, que desprestigia y anonimiza lo que nos cautiva, lo pone a circular como moneda corriente.

Los relatos de enamorados pasan de mano en mano, son bagatelas quiméricas y sonantes. Su metal trágico lleva grabados gestos cómicos, semblantes reciclados. El amor es un juego hecho con los restos de otros juegos incompletos o pasados de moda. Estas fábulas arrolladoras no logran atrapar el resplandor del encuentro, oscilan entre el exceso melodramático y la soporífera novela de costumbres. La ocasión no se deja sujetar, punza y riza la línea del horizonte. La “vida entre dos” flota entre orillas, no sedimenta en unidad, no tiene principio, no culmina (Musitano).⁶ “Si me aparto de ella no seré suyo ni mío” (Arnaut Daniel, 103): urgencia e imposibilidad de la posesión, un esguinzarse del espíritu en el ademán de asir el fruto divino. Su desenlace es eso, un aflojamiento de la cronología que anuncia a medias el retorno, contra resaca, del aura amasada por el verbo amotinado (“Yo soy Arnaut el que amontona el aura” [“Con alegre son”]). El amor es un disco rayado: nunca llega a su fin. En el momento menos indicado (aunque sepamos en qué minuto fallará, el hechizo de la canción nos hace creer que, por esta vez, el tema favorito saldrá ileso) patina y nos sumerge en la repetición de estridencias y cacofonías bochornosas. Suele suceder que la música atente contra nosotros y eche a perder el crepúsculo otoñal.

Enamorarse es atenerse a la sinuosidad polifónica de una ausencia predilecta, falta evocada en sus detalles más nimios, escogida por sobre todas las otras porque sí, porque el viento giró sobre sus pasos y se lanzó sobre nosotros, porque la sed del desierto no entiende de abluciones. Con ingravidez sublime, ingresamos al oído de Ariadna; una luna de miel dionisiaca, sin postales para Teseo (Deleuze).

Perderse apasionadamente, como refiere Dufourmantelle (*Elogio*, 38), en el deseo de escribir lo que aún no ha sucedido y pugna por apuntarse así,

⁶ Agradecemos la generosidad de Julia Musitano, cuyas disquisiciones en torno al amor en la escritura biográfica encendieron nuestra curiosidad y dieron pie a este trabajo.

como el vértigo indomeñable de una espera inaudita. Improvisar un brinco sentimental, teñir de azul la distancia (Solnit). ¿Dónde, sino en la pampa marina, va a pastar el recuerdo?

Socavar rítmicamente la infraestructura de la exposición, descentrarse en su arquitectura infernal, renunciar a la caligrafía legítima para salvar el pellejo. Amar en la escritura es danzar con pulso incierto, desgranarse. Cuando el jolgorio ajeno no deja testar nuestro cansancio infatigable, alguien puede asomarse al aire, despeñarse para abrazar un callar querido. El sopor del buen sentido debería disiparse, si el salto cumple su cometido y quiebra el espejismo. El trazo encelado deja tras de sí esquivas de metáforas, átomos que hacen estornudar el animal metafísico que nos habita. El peligro de extraviarse sin fórmulas retóricas despierta la letra a su amalgama viviente. En ella la subjetividad se desprende de sí, practica el desapego, saborea la algarabía del desconcierto (Jullien). Joya de la indiscreción, la voz muda en laberinto para hurtarnos el corazón ardiente, truco ensayado “a oscuras y en celada” (102). Están las tinieblas del desasosiego y está la oscuridad dichosa, “amable más que la alborada” (102), que forja en su abismo las señas de la esperanza.

El salto por y hacia el amor es una *rara avis*, una modulación insolente que se inmiscuye en la prosa. El *quid* de la historia entra por la ventana del argumento, exhibe la rebelde gallardía de sus alas, se estrella contra la cristalería y huye escandalosamente. Hubiéramos podido aferrarlo, pero nos faltó ingenio, nos sobró bravura, algo en el texto veló por escapase. La sinrazón habla del infinito sin silogismos rimbombantes. En vano aprisionar en fórmulas lo que se caza al vuelo. En la alunada serenidad del pasmo, fantaseamos con aprender a desaparecer. “Cuando alguien que no viste en diez años...”. No más hits del verano para viejos amigos. Nunca tendremos cita con nuestro primer amor. El estribillo del presente no saldrá la deuda con el anhelo, la visión lujuriosa de la espalda de un ángel.

Como cierre de un discurso pronunciado en 1992, Derrida alude al lazo de querencia que lo unía a Lacan: “¡Qué es lo que yo no habría dicho hoy! Pero si hubiera dicho que Lacan y yo nos quisimos mucho, y por lo tanto que nos prometimos mucho, y que eso fue para mí algo bueno en esta vida, ¿habría yo estado en la verdad?” (101). Su intervención renuncia a anclarse en la facticidad, se complota con la pura posibilidad para aventurarse con ella, tras ella, en el secreto. Derrida nos introduce en la complicidad de un desconcierto, la tonalidad de un afecto que experimenta lo insólito de su intensidad. En medio de una ausencia que creeríamos definitiva, el comentario anecdótico retoma una conversación por siempre inacabada y rebusca, en lo irredento del pasado, la huella de una promesa. La verdad resulta inseparable de la gracia con que el condicional exaltado hace relucir la pasión del decir y su porción de tiniebla: “¡Qué es lo que yo no habría dicho hoy!”.

El juego del amor —invención singular de una vida que es hiato, dulce virtualidad que desarma las convenciones— ilumina y convoca el amor por el juego —apuesta por la posibilidad, llamado irresistible de los “genios de la alegría” (Kierkegaard, 50), embriaguez del salto al vacío—. Los dos hallan en la fortuna su tierra prometida, descubren en el golpe de suerte una de las máscaras del desamparo —toda promesa es cielo a contratiempo, felicidad propensa al accidente—. El lenguaje poético anuda, hasta confundirlas, ambas formas de ejercitarse en el asombro de ser.

¿De qué otra forma acoger en la voz el aletear del infinito, si no apostando a la belleza?

P.D. Para el chiste, la frase que nos quedó en el tintero, dejó entornado el sueño. A pesar del signo exacto, por culpa del deshielo, vislumbro cada día la orilla de tu risa.

Bibliografía

- Arnaut Daniel. “Con alegre son, gracioso y jubiloso” y “Cuando han pasado las escarchas”. *Poesías*. Ed. Martín de Riquer. Barcelona: Quaderns Crema, 1994. 83-89.
- Balzac, Honoré de. *La obra maestra desconocida*. Buenos Aires: Interzona, 2017.
- Cassin, Bárbara. *Jacques el sofista. Lacan, logos y el psicoanálisis*. Buenos Aires: Manantial, 2013.
- Deleuze, Gilles. “Misterio de Ariadna según Nietzsche”. *Crítica y clínica*. Barcelona: Anagrama, 1996. 140-150.
- Derrida, Jacques. “Por el amor de Lacan”. *Resistencias del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2010. 61-101.
- Dufourmantelle, Anne. *Potencia de la dulzura*. Buenos Aires: Nocturna Editora / Archivida Ediciones, 2021.
- . *Elogio del riesgo*. Buenos Aires: Nocturna Editora / Paradiso Editores, 2019.
- Dostoievski, Fedor. *El idiota*. Buenos Aires: Terramar, 2006.
- García Lorca, Federico. *Yerma. Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1995.
- . “Cielo vivo”. *Poeta en Nueva York. Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1995.
- Jullien, François. *Des-coincidencia. De dónde vienen el arte y la existencia*. Buenos Aires: Cuenco de Plata, 2021.
- Kierkegaard, Søren. *Diapsalmata*. Buenos Aires: Aguilar, 1977.
- Merritt, Stephin. “The Book of Love”. *Canción. The Magnetic Fields. 69 Love Songs*, 1999.
- Musitano, Julia. “Una transfiguración esencial Amor e intimidad en algunas biografías literarias latinoamericanas”. 2021, en prensa.
- Nye, Naomi Shihab. “The Art of Disappearing”. *Words Under Words: Selected Poems*. Portland: Far Corner Books, 1995.

Parra, Violeta. “Volver a los diecisiete”. Canción. *Las últimas composiciones*, 1966.

Solnit, Rebecca. *Una guía sobre el arte de perderse*. Buenos Aires: Fiordo, 1995.

Stewart, Sandy y Stephanie Lynn Nicks. “Seven Wonders”. Canción. Fleetwood Mac. *Tango in the Night*, 1987.

Thomas, Dylan. “Desde la primera fiebre del amor hasta su infortunio”. Buenos Aires: Corregidor, 2007. Traducción de Elizabeth Azcona Cranwell. 48.

Twain, Mark. *Las aventuras de Tom Sawyer*. Navarra: Salvat Editores, 1970.